

Una Iglesia Internacional



Si la futura federación de los pueblos en un Estado Mundial es un ideal a realizar o una bella utopía irrealizable podrá ser, como otras cuestiones lanzadas por Dios a las disputas de los hombres, objeto de discusión. Hasta ahora cuantos pasos han dado las cancillerías o los diplomáticos han producido efectos

contrarios. Cada tratado de paz ha sido el preludio de una nueva guerra, y todas las ligas internacionales, lejos de unir, no hacen sino desligar y distanciar más las naciones.

Pero lo que los hombres no han podido hacer hasta el presente, Dios lo ha hecho hace ya centenares de años. Existe una sociedad universal e internacional que predica y practica la paz entre los hombres de buena voluntad; una sociedad que no está circunscrita por los mares ni cordilleras ni los límites nacionales, que no solamente acoge sino que de hecho cuenta en su seno con hombres de todas las hablas, de todos los colores y de todos los grados de cultura; una sociedad que ha existido desde hace veinte siglos, mejor dicho, desde el principio del mundo y existirá hasta el fin del mismo, una sociedad que es eterna por razón del tiempo, que es universal por razón de su extensión, que es internacional por razón de sus miembros: tal es la Iglesia Católica.

Jesucristo, su fundador, la dotó de ese distintivo de la universalidad. El señaló a sus apóstoles al mundo como teatro de sus tareas, y a todos los hombres como oyentes de su buena nueva. "Id, les dijo, y enseñad a todas las naciones". Y salieron los apóstoles y su voz resonó en toda la tierra, y sus palabras se dejaron oír allí donde el soldado romano no se había aventurado a pisar. Dijose del Imperio Romano que era un gigante que, teniendo la cabeza en Roma, abrazaba con sus brazos de hierro todo el mundo civilizado. La Iglesia Católica es una institución gigantesca cuya cabeza está en Roma, pero cuyos brazos de madre abarcan a todo el mundo, el civilizado y el por civilizar.

Todos los años arriban a la ciudad eterna obispos y prelados de las cinco partes del mundo. Hay unos mil quinientos obispos en todo el orbe católico. Todos ellos tienen que acudir de tiempo en tiempo al centro del mundo cristiano a dar en persona cuenta al Pastor de los fieles del estado de su grey. Allí se congregan prelados de todos los reinos, repúblicas y principados de Europa, desde la Gran Bretaña hasta la diminuta Suiza, allí se sa-

ludan los prelados del Canadá y de la Argentina, de las islas del Atlántico y del Pacífico; allí acuden de los desiertos del Africa y de las selvas de la Oceanía, de las orillas del Eúfrates, cuna de la civilización, y de las orillas del Jordán, cuna del Cristianismo. Proceden de los países más remotos y más cercanos, más civilizados y más bárbaros; viven bajo todas las formas de gobierno, desde la más democrática a la más absoluta, desde la más independiente a la más esclavizada; hablan los lenguajes más diversos y más raros; su rostro está sombreado por todos los colores raciales. Mas todos ellos, al arrodillarse en el gran templo de los templos del mundo, pueden exclamar en expresión del Apocalipsis: "Tú, Señor, nos has redimido de entre todas las tribus y lenguas y pueblos y naciones".

Es necesario acentuar esta doctrina de la universalidad de la Iglesia, porque muchos, aun los que se dicen hijos suyos, quieren ponerla otro fundamento que el colocado por Jesucristo, quieren fraccionarla en muchas iglesias nacionales e independientes. Nada más absurdo. La Iglesia de Cristo es católica, es decir, universal; es la Iglesia internacional, y no de una sola nación; es la Iglesia de la humanidad, no de un pueblo únicamente. Ella es la verdadera y legítima madre de todos los hombres; y cuantos quieren trocar el dulce regazo de esta buena madre por el de una madrastra apócrifa, son renegados, apóstatas y traidores, porque reniegan de su maternal amor, apostatan de su fe y traicionan a su bandera.

Si los pueblos han de estar políticamente fraccionados en varios grupos nacionales porque muchas son las patrias y diversos sus ideales, religiosamente deben estar unidos, deben formar una sociedad internacional y cosmopolita, porque no hay sino un sólo Dios, una sola fe, una sola Iglesia. Sus ideales políticos son encontrados y antagónicos, y por eso la federación de todos los pueblos bajo una sola bandera no está aun en vías de realización; pero sus ideales, creencias y organización religiosas deben ser las mismas. Aquí no cabe no creer lo que Dios nos ha enseñado; y como no nos ha enseñado cosas contrarias y no ha fundado más que una sola Iglesia, de ahí la unidad de fe y la universalidad de la Iglesia.

Una Iglesia internacional dentro de muchas patrias nacionales: no una patria universal dentro de muchas iglesias nacionales.

Aquí no cabe inversión de términos.

FARMER.

